

Mons. Fulton J. Sheen

LAS BIENAVENTURANZAS

Dos montes sirven de referencia como primero y segundo acto de un drama en dos actos: el monte de las Bienaventuranzas y el monte Calvario. El que subió al primero para predicar las bienaventuranzas debe necesariamente subir al segundo para poner en práctica lo que había predicado. Las personas poco reflexivas suelen decir que el sermón del monte constituye la esencia del cristianismo. Pero que alguien intente practicar estas bienaventuranzas en su propia vida, y verá cómo se acarrea la ira del mundo. El sermón del monte no puede ser separado de la crucifixión, de la misma manera que el día no puede ser separado de la noche. El día en que nuestro Señor enseñó las bienaventuranzas firmó su propia sentencia de muerte. El sonido de los clavos y los martillos penetrando a través de carne humana era el eco que bajaban de la ladera de la montaña donde había estado enseñando a los hombres el camino de la felicidad o bienaventuranza. Todo el mundo quiere ser feliz, pero el camino que Él enseñaba era el totalmente opuesto a los caminos del mundo.

Un camino para crearse enemigos y hacer que la gente se convierta en adversaria de uno es desafiar el espíritu del mundo. Cual quiera que desafíe las máximas mundanas, tales como: "sólo se vive una vez", "hay que aprovechar lo máximo la vida", "¿Quién lo sabrá?", "¿Para qué sirve el sexo, sino para el placer?", está destinado a hacerse impopular.

En las bienaventuranzas, nuestro divino Señor toma aquellas ocho palabras del mundo que son otros tantos reclamos — "seguridad", "venganza", "risa", "popularidad", "compensación", "sexo", "poder armado" y "comodidad"— y las trastorna por completo. A los que dicen: "No puedes ser feliz a menos que seas rico", Él les dice: "Bienaventurados los pobres en el espíritu". A los que dicen: "No dejéis que se salga con la suya", Él les dice: "Bienaventurados los mansos". A los que dicen: "Ríe, y el mundo reirá contigo", Él les dice: "Bienaventurados los que lloran". A los que dicen: "Si la naturaleza te ha dado instintos sexuales, debes darles libre expresión, de lo contrario serías un ser frustrado", Él les dice: "Bienaventurados los limpios de corazón". A los que dicen: "Procura ser popular y conocido", Él les dice: "Bienaventurados vosotros, si os injurian y os persiguen y hablan toda clase de mal contra vosotros por causa de mí". A los que dicen: "En tiempo de paz prepárate para la guerra", Él les dice: "Bienaventurados los pacíficos".

Él se mofa de los clisés baratos sobre los cuales se escriben los guiones de cine y se componen las novelas. Él propone que se eche al fuego lo que ellos adoran: que se venzan los instintos sexuales en vez de permitir que esclavicen a las personas; domar las conquistas económicas en vez de hacer que la felicidad consista en la abundancia de cosas externas al alma. De las falsas bienaventuranzas que hacen depender la felicidad de la expresión de sí mismo, de la licencia, de pasarlo bien, o de "comer, beber y divertirse para

morir mañana”, de todas ellas, Él se burla porque tales cosas traen desórdenes mentales, desgracia, falsas esperanzas, temores y ansiedades.

Aquellos que quisieran escapar al impacto de las bienaventuranzas dicen que nuestro divino Salvador fue una criatura de su tiempo, pero no del nuestro, y que, por lo tanto, sus palabras carecen de aplicación en nuestros días. No fue una criatura de su tiempo ni de ningún tiempo; inosotros sí que lo somos! Mahoma pertenecía a su tiempo; de ahí que dijera que un hombre podía tener concubinas además de cuatro esposas legales al mismo tiempo. Mahoma pertenece también a nuestro tiempo porque hay personas modernas que dicen que un hombre puede tener muchas esposas, si las toma una tras otra. Pero nuestro Señor no pertenecía a su tiempo, ni tampoco al nuestro. Casarse con una época es quedar viudo en la siguiente. Porque no se adapta a ninguna época, Él constituye el modelo inmutable para los hombres de todas las épocas. Nunca usó una expresión que dependiera del orden social en que vivía; su evangelio no resultaba entonces más fácil de lo que es ahora. Lo recuerdan sus propias palabras.

En verdad os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra ni una i ni un tilde de la i pasaran de la ley

hasta que todo sea cumplido. Mt 5, 18

La clave para entender el sermón del monte es la manera como usaba dos expresiones. Una de ellas era: “habéis oído”; la otra era la palabra, breve y enfática, “pero”. Cuando decía. “habéis oído”, se remontaba a lo que los oídos humanos habían estado oyendo desde hacía siglos y aun están oyendo de labios de reformadores éticos, todas aquellas reglas, códigos y preceptos que son medidas a medias entre el instinto y la razón, entre costumbres locales y los más elevados ideales. Cuando decía: “habéis oído”, incluía la ley mosaica, a Buda con su óctuple vía, a Confucio con sus reglas para ser todo un caballero, a Aristóteles con su felicidad natural, la amplitud de miras de los hindúes y todos los grupos humanitarios de nuestros días, que quisieran traducir algunos de los antiguos códigos a su propia lengua y, decir que se trata de un nuevo medio de vida. De todos estos compromisos estaba hablando cuando decía: “habéis oído”.

“Habéis oído que se dijo: No cometerás adulterio.” Moisés lo había dicho; las tribus paganas lo sugerían; los primitivos lo respetaban. Ahora venía el terrible y espantable *pero*: “pero yo os digo...”, “pero yo os digo que todo aquel que mira a una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio con ella en su corazón.” Nuestro Señor penetraba hasta el fondo del alma, se apoderaba del pensamiento y marcaba como pecado incluso el deseo de pecar. Si era malo hacer determinada cosa, era también malo pensar en esta misma cosa. Era como si dijera: “Fuera con vuestra higiene, que trata de tener las manos limpias después de haber robado, y los cuerpos libres de enfermedad después de haber violado a una mujer.” Penetraba en el fondo de los corazones y marcaba como con fuego la intención de pecar. No esperaba a que el mal árbol produjera malos frutos. Quería evitar incluso que llegara a sembrarse la mala semilla. No esperéis a que vuestros pecados ocultos

aparezcan como psicosis, neurosis y compulsiones. Desembarazaos de ellos en sus mismas raíces. ¡Arrepentíos! ¡Purificaos! El mal que puede ponerse en estadísticas o ser encerrado en cárceles ya es demasiado tarde para poder remediarlo.

Cristo afirmó que cuando un hombre se casaba con una mujer se casaba tanto con el cuerpo como con el alma de ella; se casaba con toda la persona. Si se cansaba del cuerpo, no podía apartarlo para tomar otro, ya que todavía seguía siendo responsable de aquella alma. Así, clamaba: "habéis oído". En esta expresión condensaba la jerga de todas las civilizaciones decadentes. «Habéis oído: divórciate; Dios no espera que vivas sin felicidad." Pero a continuación venía el consabido *pero*:

Pero yo os digo que todo aquel que repudia a su mujer hace que ella cometa adulterio,

y el que se casare con la repudiada, comete adulterio. Mt 5, 32

¿Qué importa que el cuerpo se haya perdido? El alma esta allí todavía, y el alma vale más que todas las sensaciones que el cuerpo pueda procurar, vale más aún que todo el universo. Él quería mantener puros a los hombres y a las mujeres, no puros de contagio, sino del deseo recíproco entre ellos; imaginar una traición ya es en sí mismo una traición. Así fue que declaró:

Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. Mc 10, 9

A ningún hombre, ningún juez, ninguna nación es lícito separarlo.

A continuación Cristo tomó de su cuenta todas aquellas teorías que vienen a decir que el pecado es debido al ambiente: a la leche de grado B, a la insuficiencia de salas de baile, a no tener suficiente dinero para malgastar. De todas estas cosas decía: "habéis oído". Entonces venía el *pero*: "pero yo os digo...". Afirmaba que los pecados, el egoísmo, la codicia, el adulterio, el homicidio, el robo, el soborno, la corrupción política, todo esto procedía del hombre mismo. Las ofensas proceden de nuestra mala voluntad, y no de nuestras glándulas; no podemos buscar excusas a nuestra lujuria diciendo que nuestro abuelo tenía un complejo de Edipo o que heredamos un complejo de Electra de nuestra abuela. El pecado, decía Él, es llevado al alma por el cuerpo, y el cuerpo es impulsado por la voluntad. En guerra contra todas las falsas expresiones del yo, predicaba sus recomendaciones de auto-operación: "córtalo", "sácalo", "échalo".

Si tu ojo derecho te fuere ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti;

porque es provechoso que se pierda uno de tus miembros y no que todo tu cuerpo sea echado en el infierno. Y si tu mano derecha fuera para ti ocasión de caer, córtala y échala de ti; porque te es provechoso que se pierda uno de tus miembros y no que todo tu cuerpo vaya al infierno. Mt 5, 29 s

Los hombres están dispuestos a cortarse los pies y los brazos con objeto de salvar al cuerpo de gangrena o envenenamiento. Pero aquí nuestro Señor estaba trasladando la circuncisión de la carne a la circuncisión del corazón, y preconizaba la sangría de las concupiscencias y pasiones más que ser uno separado del amor de Dios que está en Él, en Jesucristo.

A continuación habló de la venganza, del odio, de la violencia, expresado todo ello en los dichos de "procura desquitarte", "persíguele", "no seas tonto". Conocía todas estas cosas, y a estas cosas se estaba refiriendo al decir:

Habéis oído que fue dicho: Ojo por ojo y diente por diente. Ahora viene el terrible pero: Pero yo os digo que no hagáis resistencia al mal; antes si alguno te hiriese en la mejilla derecha, ofrécele también la otra. Y al que quisiere ponerte pleito, y tomar tu túnica, déjale también la capa. Y si alguno te forzare a que vayas cargado una milla, ve con él dos. Mt 5, 38-41

¿Por qué ofrecer la otra mejilla? Porque el odio se multiplica al igual que una semilla. Si uno predica el odio y la violencia a diez hombres en fila, y dice al primero de ellos que golpee al segundo, y al segundo que golpee al tercero, el odio envolverá a los diez. La única manera de detener el odio es que alguien en la fila, pongamos el quinto hombre, vuelva su mejilla. Entonces es cuando el odio acaba. El odio no puede continuar avanzando. Absorbamos la violencia por causa del Salvador, que absorberá el pecado y morirá por ello. La ley cristiana es que el inocente sufra por los culpables.

De esta manera quisiera que obráramos con los adversarios, porque, cuando no se ofrece resistencia, el adversario es vencida por un poder moral superior; tal amor evita la infección de la herida producida por el odio. Aguantar un año al pelmazo que está fastidiándote durante una semana; escribir una carta amable al hombre que querría robarte tus bienes, nunca devolver odio contra odio a la persona que miente y declara que eres infiel a tu país o dice de ti la peor mentira de todas, las de que eres contrario a la libertad... todo ello son cosas que Cristo vino a enseñar, cosas que no se adaptaban a su tiempo más que al nuestro. Se adaptan solamente a los héroes, a los grandes hombres, a los Santos, a los hombres y mujeres Santos que quieren ser la sal de la tierra, la levadura en la masa, la minoría selecta en medio de la plebe, la calidad que transformará al mundo. Si ciertas personas no son amables, uno pone parte de su amor en ellas, y entonces son amables. ¿Por qué hay alguien amable, si no es porque Dios pone su amor en cada uno de nosotros?

El sermón del monte está tan en discrepancia con todo lo que el mundo tiene en aprecio, que el mundo crucificará a todo aquel que intente vivir a la altura de los valores de dicho sermón. Por haberlos predicado, Cristo tuvo que morir. El Calvario fue el precio que tuvo que pagar por el sermón de la montaña. Sólo las medianías sobreviven. Aquellos que llaman a lo negro negro, y a lo blanco blanco, son sentenciados por intolerantes. Sólo los grises

pueden vivir.

Dejemos que aquel que dice: "bienaventurados los pobres en espíritu", venga al mundo que cree en la primacía de lo económico; dejémosle que entre en el mercado donde algunos hombres viven para el provecho colectivo, mientras otros afirman que los hombres viven para el provecho individual, y veamos qué le ocurre. Será tan pobre, que durante su vida no tendrá dónde reclinar la cabeza; vendrá día en que morirá sin poseer ningún valor económico. En su última hora será tan pobre, que incluso un extraño tendrá que ofrecerle su sepulcro, de la misma manera que tuvo que nacer en el establo de un extraño.

Dejémosle que venga al mundo que proclama el evangelio de los fuertes, que predica el odio a nuestros enemigos y condena las virtudes cristianas como virtudes "blandas", y diga a ese mundo: "bienaventurados los mansos", y un día sentirá sobre sus espaldas los azotes de crueles verdugos; será pegado en la mejilla por el puño de un escarnecedor durante uno de sus procesos; verá cómo unos hombres cogen una hoz y empiezan a cortar la hierba del Calvario, y luego emplean un martillo para clavarle en una cruz, para probar la paciencia de aquel que soporta lo peor que el mal puede ofrecer, para que, habiéndose agotado, pueda convertirse en amor.

Dejemos que Él venga a nuestro mundo, que ridiculiza la idea de pecado como algo morboso, considera la reparación por el delito pasado como un complejo de culpa, y dejémosle que predique a ese mundo: "bienaventurados los que lloran" sus pecados; y recibirá burlas cual si se tratara de un loco. Tomaran su cuerpo y le azotaran hasta que puedan contarse sus huesos; le coronaran de espinas, hasta que empiece a llorar, no lágrimas saladas, sino gotas de Sangre carmesí, mientras ellos se ríen de la debilidad de aquel que no quiere bajar de la cruz.

Dejémosle que venga al mundo que niega la Verdad absoluta, al mundo que dice que el bien y el mal son sólo cuestión de puntos de vista, que hemos de ser de mente amplia en lo que se refiere a la virtud y al vicio, y dejémosle que le diga: "bienaventurados los que tienen hambre y sed de santidad", es decir, hambre y sed del Absoluto, de la Verdad del que dijo: "Yo soy". Y ellos, con su amplitud de mente, permitirán que la turba elija entre Él o Barrabás; le crucificarán con unos ladrones y procuraran hacer creer al mundo que Dios no es diferente de una banda de ladrones, que son sus compañeros en el momento de morir.

Dejémosle que venga a un mundo que dice que todo lo que se opone a mi no es nada, que sólo el yo es lo que importa, que mi voluntad es mi suprema ley, que lo que yo decido es lo bueno, que debo olvidarme de los otros y pensar sólo en mi mismo, y que le diga: "bienaventurados los misericordiosos". Descubrirá que no recibe misericordia; abrirán cinco ríos de sangre de su cuerpo, pondrán vinagre y hiel en su boca sedienta; e incluso después de muerto serán tan despiadados como para hundir una lanza en su

sagrado corazón.

Dejémosle que venga a un mundo en el que se trata de interpretar al ser humano en términos sexuales; que considera la pureza como frigidez, la castidad como sexo frustrado, la continencia como anormalidad, y la unión de hombre y mujer hasta la muerte como algo insoportable; un mundo que dice que un matrimonio sólo dura lo que duran las glándulas, que uno puede desunir lo que Dios ha unido y quitar el sello de donde Dios lo ha puesto. Dejemos que Él le diga: "bienaventurados los puros"; y se verá colgado de una cruz, convertido en espectáculo para los hombres y los ángeles, en una última y estúpida afirmación de que la pureza es anormal de que las vírgenes son neuróticas y de que la carnalidad es lo correcto.

Dejémosle que venga a un mundo que cree que uno debe recurrir a toda suerte de doblez y chanchullos con objeto de conquistar el mundo, llevando palomas de paz con los buches cargados de bombas, Y dejémosle que le diga: "bienaventurados los pacificadores", o "bienaventurados los que desarraigan el pecado para que pueda haber paz"; y se verá rodeado de hombres comprometidos en la más estúpida de las guerras, una guerra contra el Hijo de Dios; ejerciendo la violencia mediante el acero y la madera, los clavos y la hiel, y luego colocando un centinela sobre su tumba para que aquel que perdió la batalla no pueda ver el día.

Dejémosle que venga a un mundo que cree que toda nuestra vida debe estar dedicada a adular a las personas y a influir en ellas para alcanzar provecho y popularidad, y dejémosle que diga: "bienaventurados cuando os odian, persiguen, injurian"; y se encontrará sin un amigo en el mundo, proscrito en la montaña, con multitudes que claman por su muerte, y su carne colgando de su cuerpo como jirones de púrpura.

No pueden tomarse las bienaventuranzas por sí solas; no son ideales, son hechos duros y realidades inseparables de la cruz del Calvario. Lo que Él enseñaba era la crucifixión de uno mismo: amar a los que nos odian; cortarnos los brazos y sacarnos los ojos para evitar que podamos pecar; ser puros en nuestro interior cuando en el exterior claman las pasiones pidiendo que las satisfagamos; vencer el mal con el bien; bendecir a los que nos maldicen; dejar de cacarear pidiendo la paz hasta que no tengamos la justicia, la verdad y el amor de Dios en nuestros corazones como la condición necesaria para la libertad; vivir en el mundo y, sin embargo, mantenernos sin mancha de él; negarnos a veces a nosotros mismos algunos placeres lícitos con objeto de crucificar mejor nuestro egoísmo... Todo ello es sentenciar a muerte al hombre viejo que llevamos dentro de nosotros.

Aquellos que oían predicar a Cristo las bienaventuranzas estaban siendo invitados a tenderse sobre una cruz, para que hallaran la felicidad en un nivel más elevado, muriendo a un orden inferior, a despreciar todo lo que el mundo tiene por sacrosanto y a venerar como sacrosanto lo que el mundo considera una utopía. El cielo es la felicidad, pero es demasiado para el hombre tener dos cielos: un *ersatz* acá abajo y un cielo real allá arriba. De ahí los cuatro "¡ay de vosotros!" pronunciados por Cristo, añadidos a las

bienaventuranzas.

¡Ay de vosotros, los ricos!, porque ya tenéis vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que estáis saciados ahora!, porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que reís ahora!, porque os lamentaréis y lloraréis.

¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres dijeren bien de vosotros!, pues que del mismo modo hacían los padres de ellos con los falsos profetas. Lc 6, 24-26

La crucifixión no puede encontrarse lejos cuando un Maestro se atreve a decir "¡ay de vosotros!" a los ricos, a los saciados, a los alegres y a los ídolos de los pueblos. La verdad no se halla solo en el sermón del monte; se halla en aquel que vivió en el monte Gólgota lo que había estado predicando en el monte del sermón. Los cuatro "¡ay de vosotros!" habrían sido condenaciones éticas, si Él no hubiera muerto lleno de lo opuesto a los cuatro "ayes": pobre, abandonado, apesadumbrado y menospreciado. En el monte de las Bienaventuranzas invitó a los hombres a arrojarle sobre la cruz de la negación de sí mismo; en el monte Calvario se abrazó con la misma cruz. Aunque la sombra de la cruz tardaría aun tres años en proyectarse en el lugar de la calavera, se hallaba ya en su corazón el día en que predicó acerca de "cómo ser feliz".

(Fulton J. Sheen, *Vida de Cristo*, Ed. Herder, Barcelona, 1968, cap. 3, pp. 119-126)